

consonni

# Mithu Sanyal

## Antichristie

PRÓLOGO  
Tatiana Romero

TRADUCCIÓN  
Paula Aguiriano Aizpurua



# **Antichristie**

**Mithu M. Sanyal**

Traducción de Paula Aguiriano Aizpurua

**consonni**

Prólogo

**«El mapa del mundo está rasgado por todas partes» o la historia que Occidente no quiere ver**

Tatiana Romero

Durante muchos años, quienes pretendemos tener cierta conciencia antirracista, hemos repetido incluso de manera totalmente contraproduktiva que la Historia (con mayúscula) la escriben los vencedores (en masculino), y yo no puedo estar más de acuerdo. Creo que una de mis motivaciones para estudiar Historia fue justamente ese deseo que tiene más de salvadora blanca que de activista antirracista de «dar voz a los sin voz», de estudiar a los que durante siglos se ha llamado «pueblos sin historia»; pero ha sido justamente el estudio de la historia lo que me ha llevado a estar totalmente en contra de esta afirmación.

Estoy de acuerdo porque la Historia con mayúscula es, efectivamente, un constructo de Occidente y, por lo tanto, eurocéntrica. Como ejemplo principal tenemos la llamada primera obra historiográfica, *Historíai* de Heródoto de Halicarnaso (430 a.n.e.), quien, con el pretexto de narrar las Guerras Médicas, es decir, los enfrentamientos militares entre los griegos y los persas (a quienes durante siglos se llamó «bárbaros» o «asiáticos»), también hace una descripción del pueblo egipcio, colocando, por supuesto, a los griegos en lo más alto de la pirámide étnica. ¿Cómo negar entonces que quien ostenta el poder tiene la capacidad de crear verdad, como diría Foucault?

Pero, también estoy en contra, porque los pueblos que a partir de 1492 sufrieron el proceso de colonización, escribían historiografía y por supuesto siguieron haciéndolo muchos siglos más tarde después de las guerras de conquista, lo mismo que quienes fueron colonizados en los siglos XVIII y XIX, en lo que occidentalmente conocemos con el eufemismo de «Imperialismo». Lo que sucede es que, por un lado, no hay traducciones y mediaciones culturales que acerquen esa historia a la blanquitud occidental, que sin ellas solo muestra una ausencia total de interés por todo lo que sucedió y sucede fuera de las fronteras del norte global; y, por el otro, es impensable un pueblo sin historia, por mucho que la descripción se quiera utilizar para los pueblos ágrafos, desdeñando formas de construcción y mantenimiento de la memoria como la tradición oral.

Quienes nacimos en países que fueron colonia, o somos hijas de las diásporas poscoloniales, estamos acostumbradas a que nuestra historia exista solo a partir del momento de la colonización y que la historia previa también sea vista y narrada a través de los ojos del colonizador. Durante siglos el Imperio español basó sus conocimientos sobre la Abya Yala en textos como la *Historia de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas (el mismo

que teorizó sobre la humanidad de los indígenas y a quien se admira hasta la fecha por la defensa de los «derechos» indígenas y que al tiempo propuso como solución a la explotación indígena la esclavización de personas negras); en Garcilaso de la Vega y su *Comentarios reales de los incas*; o Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, quien fue comisionado por la Corona española para escribir la historia de los pueblos indígenas precolombinos.

Todos estos textos están efectivamente escritos por los vencedores y han servido como vehículo para justificar la colonización como proceso pacificador, ya que, a los ojos del colonizador, los pueblos indígenas eran tan bárbaros que inevitablemente y casi como un destino manifiesto, estaban condenados a matarse los unos a los otros. Sin embargo, ¿cuál es el lugar de enunciación del colonizador? Si mientras que en lo que era Tenochtitlán, la capital del Imperio mexicana, se practicaban sacrificios humanos rituales (una de las prácticas más satanizadas y replicadas en la historiografía colonial), en Toledo, el Tribunal del Santo Oficio quemaba personas en la hoguera acusadas de herejía y plantaba las bases racistas de Occidente a través de la «limpieza de sangre». La historia de Occidente es la historia del colonialismo, y el colonialismo es la violencia destructiva y devastadora más brutal de la historia. Como dice Frantz Fanon en las primeras líneas de *Los condenados de la tierra*: «El colonialismo no es una máquina de pensar, no es un cuerpo dotado de razón. Es la violencia en estado de naturaleza».

En el siglo XIX, dice Mithu Sanyal, los británicos escribieron libros de historia de la India, de historia de los pueblos de la India, de los hindús y los musulmanes, para llegar a la conclusión (obviamente) de que su presencia en la India era necesaria porque de lo contrario, al igual que en Abya Yala, musulmanes e hindús se matarían los unos a los otros por los siglos de los siglos. La figura de la autoridad colonial como pacificadora llega

hasta nuestros días, se ha reinventado y reactualizado; pasando por la actuación de las Fuerzas de Paz de las Naciones Unidas, mejor conocidas como «casco azul», que estuvieron muy activas durante todo el siglo XX, en las recién creadas naciones independientes poscoloniales, hasta los llamados «planes de pacificación», desde Afganistán hasta Haití y Palestina.

Frente a la historia que legitima el colonialismo, hay otra historia que late fuerte en la memoria ancestral y reciente: la visión de los vencidos.

Hoy día, por ejemplo, sabemos gracias al trabajo de archivo de historiadoras decoloniales que 9 de cada 10 indígenas murieron durante las guerras de conquista de Abya Yala, ya sea masacrados por armas de fuego o por las enfermedades europeas como la viruela, el sarampión, la gripe o la difteria. También gracias a la historia decolonial, sabemos que el momento más intenso de tráfico de personas esclavizadas en el Atlántico fue entre 1700 y 1808, y que en su mayoría eran barcos con bandera británica los que mayor actividad esclavista tuvieron. Pero lo que yo no sabía y que nos cuenta Mithu Sanyal a través de la voz de Maryam, uno de los personajes de la novela, es que la Real Compañía Africana, fundada en 1645, transportó más africanos esclavizados a América que ninguna otra institución, y que en los barcos se les marcaba a fuego en la piel las iniciales DY, por el director de la Compañía, el duque de York, quien más tarde sería el rey Jacobo II.

El Imperio británico fue el más extenso de la historia, estaba repartido en casi una tercera parte de la masa continental del planeta, así mismo en el siglo XX llegó a contar con unos 458 millones de habitantes. La expansión imperialista conocida como «Nuevo Imperialismo», que se inicia en 1875 y llega a su cénit en 1914, tiene implicaciones políticas, económicas, ideológicas, emocionales y raciales que llegan hasta nuestros días.

¿Y qué tiene todo esto que ver con una novela escrita por una alemana de madre polaca y padre indio con un título como *Antichristie* y que a primera vista va de libros de misterio, en concreto de la interpretación antirracista de la «reina del misterio»?

Agatha Christie es la autora más traducida de la historia, según el Index Translationum de la UNESCO, y la tercera más popular después de Shakespeare o la Biblia, y si algo le gusta a Mithu Sanyal es la cultura pop. Ya en *Identitti*, su primera novela, mostraba un manejo amplísimo de referencias a series, películas, libros, e incluso utilizaba el lenguaje, entonces imperante en nuestras vidas, de reducir nuestros pensamientos y argumentos a los 280 que nos permitía Twitter. No es extraño entonces que en *Antichristie* se decida a poner sobre la mesa toda una serie de debates poscoloniales, feministas, raciales e incluso transhistóricos (ella es muy dada a lo trans como forma de pensamiento queer extensible a todos los ámbitos de la cultura) a través de dos figuras tan arraigadas en la cultura popular, sobre todo con la que ella, como hija de la diáspora india, creció: la reina Isabel II y Agatha Christie. En *Antichristie* no hay tuits, pero hay notas originales de los periódicos de la época, el *Indian Sociologist* es uno de ellos.

La genialidad de Sanyal es tanta que enmarca los 12 capítulos del libro en los 12 días en los que transcurre la novela, que son los mismos 12 días de luto nacional por la muerte de Isabel II, días de solemnes homenajes en los que Durga, la protagonista inspirada en la diosa hindú de la guerra, se traslada al Londres de 1906, donde conoce a los grandes mártires y próceres de la independencia india: Gandhi, Savarkar, Lal Dhingra. Ella misma, Durga, se transmuta en un joven indio, Sanjeev, quien dentro de sí no deja de ser una mujer feminista y antirracista del siglo XXI, que además sabe cuál es el destino de todas las personas a quienes conoce: prisión, tortura y ejecuciones. Ahí, en ese viaje en el tiempo, late la historia de las subalternas, la visión de los

vencidos, la escritura bastarda y anticolonial que mezcla géneros, tiempos narrativos, personajes reales con ficticios, autoficción con rigor histórico y que, entre referencias a *Doctor WHO* y la cantante alemana de los años ochenta Nena, se pregunta también cómo son las relaciones interpersonales marcadas por la racialidad, por los orígenes o la ideología.

Frente a una negación constante y consciente de Occidente de la historia del colonialismo y sus alcances destructores, Mithu Sanyal justamente hace de mediadora y traductora cultural para plantear una de las tareas más urgentes hoy día: la descolonización de la historia, de la literatura, del pensamiento; y la elección de una novela de misterio no es fortuita, porque como ella misma dice: «La literatura es una conversación curiosa y salvaje a través de las generaciones. Y la función del género policiaco es visibilizar lo oculto. Que en nuestro caso es la historia colonial en la cultura pop».

Isabel II es mucho más que un *fashion icon*, (en *Antichristie* no podía faltar el guiño a los sombreros de la monarca) o un referente de la cultura pop. Isabel II es la encarnación del mito imperial, la personificación del Imperio británico con todo lo que ello conlleva: colonización, esclavización, explotación y despojo. Isabel II es el símbolo de la violencia que la modernidad ha impuesto como civilización. Su imagen, literalmente, representa el supremacismo blanco, un sistema que clasifica de manera arbitraria, pero no inocente, a los seres humanos y las vidas, como de primera, de segunda o de tercera. No es baladí que el punto de partida de la novela sea la muerte de la monarca, que sucedió en un momento en el que las comunidades racializadas, tanto en las calles como en las academias y la política, estaban pugnando por una revisión del pasado colonial británico. Porque, ciertamente, la reina ha muerto; pero el legado colonial pervive.

¿Cuál es la historia que nos enseñan en el colegio o en la universidad? ¿Cómo se enseña la historia? ¿Por qué Mithu Sanyal siendo hija de la diáspora poscolonial sabe tanto sobre los nazis y tan poco sobre el colonialismo? ¿Por qué en América Latina sabemos tanto de la historia de Europa, con sus Primera y Segunda Guerra «Mundial» y tan poco sobre los procesos de lucha anticolonial que en los años setenta y ochenta se sucedieron desde México hasta el Cono Sur del continente?

Quizás sea tiempo de cambiar las historias que nos contamos a nosotras mismas.

*Todos los nombres, personajes y acontecimientos de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas) es pura casualidad.*

*«Todos los personajes y acontecimientos de esta película son ficticios. Cualquier parecido con personas reales (vivas o inmortales) es pura casualidad».*

*MUJERES, PAZ, LIBERTAD:  
LA HISTORIA DE CHARLOTTE DESPARD*

*«Todos los personajes y acontecimientos de esta obra (incluidas las personas reales) son invención de nuestro inconsciente».*

*EL POIROT DE ANTICHRISTIE: DIEZ RACISTITAS*

*«Esta historia está basada en hechos, cualquier parecido con acontecimientos ficticios o viajes en el tiempo es pura casualidad».*

*DOCTOR WO*

*Esto es un aviso legal. Todos los personajes que se parecen a la autora son inventados, y todos los personajes inventados son históricos. Para más información puede consultarse la lista de Reparto & Equipo de los títulos de crédito, a partir de la pág. 539.*

# 1

Un proverbio indio dice: «No esparzas cenizas con el viento en contra». Durga siempre lo había considerado una metáfora: no luches contra aquello que sucederá de todos modos. Al desenroscar ahora la tapa de la urna, la primera ráfaga de viento le sopló las cenizas de su madre a la cara y Durga se dio cuenta de que el significado era literal: nunca subestimes el poder de lo fáctico.

Su padre tosió. La mujer de este interrumpió su perorata para preguntarle:

—¿Estás bien, Dineshito? —y prosiguió sin esperar respuesta—: Lila y yo siempre nos entendimos bien. Siempre he dicho que no había razón para odiarnos. ¿Te he contado que siempre me llevé bien con tu madre, Durga?

Durga asintió a la defensiva. Apreciaba la infinita amabilidad de Rosa, pero en esos momentos estaba harta de ella.

—*Just pretend it's a sitcom* —le susurró Jack.

Pero Durga no quería enfrentarse al entierro de su madre como si fuera una comedia. No quería enfrentarse al entierro de su madre en general. Claro que en realidad su madre no estaba siendo enterrada sino esparcida, si bien no era tanto el grupito de dolientes que se apiñaban para protegerse del viento cortante sino los propios elementos quienes la dispersaban. A Lila le habría gustado; cuanto más dramático, mejor. *Special Effects by God*. Fuera cual fuera el dios que prefiriera en ese momento.

Jack le abrazó la cintura a Durga como diciendo: sé que no necesitas un hombre fuerte a tu lado, pero ¿qué te parece un hombre sexi?

—Lo estás haciendo de... —dijo, y calló al inhalar una bocanada de Lila.

En ese momento, el bolsillo del abrigo de Durga empezó a tocar «Death is not the End». Pasó la urna al siguiente, sacó el móvil y vio que la habían añadido a un grupo de Signal: «No está muerta, la están enterrando viva». ¿Qué cojones?

*Death*

«Ten cuidado de que no atornillen el ataúd.» ¿Ataúd?

*is not*

«Su marido la ha hecho incinerar. Eso es asesinato.» Y luego vio el nombre del grupo: «Antichristie».

*the End.*

«¡El crimen perfecto!» No eran peligrosos acosadores que la acecharan en el entierro, sino sus nuevos compañeros guionistas en Londres, a donde se marcharía dentro de dieciocho horas.

—También puedes silenciar los mensajes, ¿lo sabes? —sugirió su hijo.

—No se me habría ocurrido nunca, Rohan —respondió Durga. El crujido de la ceniza entre los dientes le recordó a su infancia, cuando el cuerpo de Cristo se le pegaba al paladar después de comulgar.

—Puedes irte a Londres más adelante, ¿lo sabes? —sugirió Jack. Durga se ahorró la respuesta.

«Puedes escapar de una sala cerrada con llave quitando los tornillos de las bisagras y abriendo la puerta por el lado del gozne, ¿lo sabes? —sugirió una tal Maryam del chat de Signal—. Luego solo tienes que volver a atornillarlos y nadie sospechará que has salido en ningún momento.» Y eso realmente no se le habría ocurrido nunca a Durga.

Bajó el volumen, pero dejó el móvil encendido. Nadie esperaba que participara en tormentas de ideas durante el entierro de su madre, sobre todo porque al día siguiente ya viajaba a la *writers' room* de Agatha Christie. Pero leer a los demás guionistas reflexionar sobre pasadizos secretos, cartas con tinta invisible y cuchillos tallados en hielo que simplemente se derretían después de usarlos le proporcionaba cierta sensación de realidad en aquella situación surrealista.

Lo más surrealista era, sin duda, que Lila estuviera muerta. ¿Quién entendía realmente a su propia madre? Pero Durga tampoco habría entendido a Lila aunque no hubiera sido su madre. Lila y su obsesión por la muerte cuando... aún no estaba muerta. Para Lila, morir traía consigo infinitas posibilidades estéticas, un filtro *steampunk* para la vida normal, que naturalmente proseguía, y además para siempre. Estar muerta significaba ser inmortal.

—¡Cuando muera sabréis la verdad!

—Mamá, tienes setenta y cinco años, no quince —había protestado Durga. ¿Cuándo? Una y otra vez. Pero la última había sido dos semanas antes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lila—. ¿Qué es el tiempo?

—Todo el mundo sabe lo que es el tiempo. El tiempo es lo que ves cuando miras el reloj —citó Durga al físico Sean Carroll.

Alguna ventaja tenía que no fuera la primera vez que mantenían esa conversación. Por eso había dado por supuesto que tampoco sería la última. No estaba en absoluto preparada para que su madre dejara de esperar a la muerte y se abalanzara activamente hacia ella como si fuera un amante, si ese amante hubiera sido un tren que iba hacia ella a toda velocidad.

—¿No sabes dónde quería tu madre que se esparcieran sus cenizas? —había preguntado Jack con incredulidad cuando sucedió

lo inimaginable y su madre pasó en un abrir y cerrar de ojos de tener aliento a no tenerlo, de ser una persona a ser un cadáver, un cuerpo muerto donde debía haber un cuerpo vivo, un fallo en el universo—. ¡Pero si no hablaba de otra cosa!

Eso no era del todo cierto. Lila tenía muchísimos temas preferidos: ovnis, BlackRock y Vanguard, ovnis, el One-World-Government bajo el dominio de las casas reales europeas, que la estatua de la Libertad era transgénero, ovnis; pero es cierto que su propia muerte era lo que más la fascinaba. Se trataba de la pregunta que solo podría contestarse cuando ella ya no pudiera transmitir la respuesta. («¿O quizá sí?» – Lila).

–¡Exacto, no dejaba de hablar de ello! ¿Entonces por qué no lo sabes tú? –replicó Durga. Prefería la rabia al dolor.

–¿Tenía algún lugar favorito? –acudió Jack en auxilio de su memoria.

–Pues claro que lo tenía. –Desgraciadamente, Durga no lo recordaba—. Gerolstein, Fachingen, una de esas ciudades con nombre de agua con gas.

Y allí estaban ahora, en un prado cerca de Sinzig, lanzando las cenizas de Lila al Harbach, donde formaban burbujas sucias. Durga levantó la vista e inmediatamente se sintió sola frente a ese entorno natural con el que no sentía vínculo alguno: verde aséptico y césped húmedo cortado al ras. ¿Cómo había podido su madre querer hallar aquí la paz eterna? Y entonces cayó en la cuenta de que precisamente ese era el problema, la paz que lo cubría todo en aquel lugar, como una eterna tarde de domingo de su infancia. Solo faltaban las campanas de una iglesia y el olor a *goulasch*. Y en ese momento comenzaron a sonar las campanas.

El padre de Durga se limpió las cenizas de su exmujer de la cara. A Durga le dolió que, por primera vez, la mano de él fuera más clara que la suya. Incluso la línea que separaba la

palma del dorso pigmentado había perdido nitidez, una señal de lo poco a menudo que emprendía el fatigoso viaje hacia el exterior de su casa. Con la otra mano se apoyaba pesadamente en un bastón, hasta que Rosa abrió una banqueta de camping de los años setenta y Dinesh, agradecido, se dejó caer sobre el asiento floreado.

—¿Te acuerdas del proverbio de las cenizas? —preguntó Durga.

Su padre la miró con ojos cansados.

—No. ¿Qué cenizas?

—Las que se esparcen contra el viento.

Dinesh asintió.

—En India esparcimos las cenizas de nuestros muertos.

—Pero Lila no es india —dijo Rosa para cambiar de tema, y por una vez dio en el blanco. Durga se preguntó una vez más por qué las dos mujeres de su padre habían escogido como nombre mezclas entre el rojo y el azul.

Rosa era el diminutivo de Roswita.

Lila era el diminutivo de Sigrun.

Lila no necesitaba que la realidad marcara la pauta. Una vez casada con Dinesh Chatterjee, se había dejado la piel en la lucha por la independencia india, a pesar de que ya se había logrado para cuando ella nació. Lila era uno de aquellos «hijos de la medianoche» que habían abierto los ojos por primera vez justo cuando la India despertaba a la vida y a la libertad. Al padre de Durga le encantaba contar que un amigo bengalí lo había llevado a la fiesta de cumpleaños de Lila y que Dinesh supo que sería la mujer de su vida antes incluso de ver a aquella desconocida que tenía exactamente la misma edad que su país.

Solo que Lila, naturalmente, no había sido la mujer de su vida, sino una de las mujeres de su vida, y la lucha por la liberación de la India solo había sido una de las luchas por la

liberación de la vida de ella. Lo único en lo que Lila se había mantenido firme era en su decisión de ser incinerada. Y, al igual que la mayoría de sus decisiones, aquella también le causó a Durga enormes complicaciones.

—¿Cementerio obligatorio? —le había preguntado estupefacta al empleado de la funeraria.

—Sí, es horrible, ¿verdad? —respondió el joven de buen humor, y se recolocó la plaquita con su nombre en la chaqueta. «D. R. Dath», leyó Durga, y supo que Jack ya lo había bautizado mentalmente como Dr. Death.

—¿Cementerio obligatorio? —repitió Jack como si ella le hubiera dado pie—. *What's that supposed to mean?* ¿No te muevas de la tumba o te pondremos una multa?

El empleado de la funeraria lo miró con gesto radiante, como si por fin hubiera dado con una persona que lo entendiera de verdad.

—Oh —exclamó Jack al no recibir réplica—. Pero habrá *exceptions*, ¿verdad?

—Por supuesto.

Solo que esas excepciones —sepelio marino, sepelio forestal— únicamente se referían al lugar, pero no a la persona autorizada a trasladar a Lila hasta él. En el momento de su muerte, el cuerpo de Lila Chatterjee había pasado a manos del Estado y solo los cargos autorizados estaban facultados para tocarlo. Incluso en los prados para esparcir cenizas de algunos cementerios selectos —«¡Tiene suerte de que estemos en Nordrhein-Westfalen!»—, Durga no habría podido espolvorear en persona las cenizas de su madre, sino que lo habría hecho un encargado con una especie de salero sobredimensionado. ¿Espolvorear? ¿A Lila? El peso de su madre, con el que no le dejaban cargar, la lastraba de tal manera que Durga estaba segura de que, al levantar la vista,

el cristal reflectante de la funeraria le devolvería la silueta de Lila, solo en negro y sin luz, como si estuviera hecha de antimateria, Antilila.

Jack bufó y le alcanzaron un pañuelo, al que dirigió una penetrante mirada de irritación.

–Vale, nada de sepelios –dijo tan despacio como si hablara con un niño–. ¿Qué hago si quiero llevármela a casa?

–Ah, entonces tengo exactamente lo que necesita –respondió Dr. Death, y abrió un estuche en cuyo interior de terciopelo reposaba un diamante del tamaño de un huevo de pato con la inscripción «Para toda la eternidad».

–¡Bienvenidos al *capitalism!* –estalló Jack–. ¿*Why is it okay* que haga pensar a mi suegra para transformarla en un diamante, pero sus cenizas sean tabú? ¿Qué ha sido de la vieja tradición de guardarla en una lata de café y luego beberse por descuido una taza de *mother-in-law* un día de borrachera?

–*Shut up* –dijo Durga.

Pero al empleado de la funeraria le encantaba el humor británico. Solo que lo llamó humor inglés y desató un torrente de impropiedades escoceses por parte de Jack, que sí era británico pero no inglés, de NINGUNA MANERA era inglés.

Eso animó aún más al joven, que le clavó el codo en el costado a Jack con una sonrisita.

–¿Sabe qué debería hacer?

–No, eso es lo que llevamos un rato intentando averiguar –contestó Jack en tono amenazador.

–Debería buscar un crematorio relativamente liberal.

–¿Qué significa eso? –preguntó Durga antes de que Jack pudiera decir algo que provocara otro ataque de risa de Dr. Death.

–Simplemente un crematorio que no exija certificar el paradero de las cenizas.

–*Good man!* –dijo Jack.